

DISTINTO LENGUAJE

Mi gato es blanco y negro, de un blancor inaudito
que casi se diría un diluvio de lunas,
y negro intensamente,
como esas largas noches de besos sin ternura.
Él y yo nos hablamos con distintos lenguajes,
pero, a pesar de todo, siempre nos comprendemos.
Clava en mí su mirada de lánguidos topacios
y hay en ella destellos de luz y trascendencia.
Luego, cuando se cansa
de mi tacto cuajado de cobijo y caricias,
se adormece y regresa
a su actitud inerte de sombra y de crepúsculo.
Hay veces que estoy triste, acabada, marchita,
que se me encogen todas las costuras del alma,
que me troncha la pena, y noto el corazón
lo mismo que un sangrante acento circunflejo.
Y él me busca y me sabe ausente en esa herida
de niebla y de infinito.
Y porque me comprende, me trepa por las ropas
con sus hirientes garras
maullando tristemente de llanto y desconcierto,
y viene a acurrucarse en el ángulo obtuso
que con el hombro forma mi cabeza en derrota.
Y me lame. Me lame el alma en carne viva,
y emite unos lamentos que quieren ser sollozos,
como si pretendiera decir que, pese a todo,
la hondura de la pena puede ser compatible.

Juana Pinés Maeso